

**ACADEMIA MEXICANA  
DE LA HISTORIA  
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**



**DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL:**

**Lic. Alfonso Teja Zabre**

**Sillón: 14**

**8 de mayo de 1961**

**RESPUESTA DEL ACADÉMICO:**

**Dr. Arturo Arnáiz y Freg**

# Discurso de Ingreso leído por el Lic. D. Alfonso Teja Zabre

## “La Locura de Don José de Gálvez”

Mis primeras palabras deben ser de agradecimiento para los miembros de esta corporación que me conceden el honor de acompañarlos en sus nobles tareas. Expreso mi gratitud y mis respetos a todos ellos, en la persona de su ilustre Director, que preside la Academia de la Historia no solamente por sus méritos personales, sino porque sus esfuerzos de orientación y de organización han dado a esta casa de estudio, definitiva consistencia material y moral. Inmediatamente después mencionar el nombre de Don Julio Jiménez Rueda, a quien rindo un homenaje de admiración y de amistad.

La fórmula de elogio al antecesor tiene para mí una validez auténtica, íntima y cordial. No es oportuno hacer ahora una relación biográfica del hombre de letras y el historiador, ni mucho menos un análisis detenido de su obra. Ojala que el destino me permitiera hacerlo con el espacio y el estudio que requiere una personalidad de tanto relieve, aunque estoy seguro de que no faltarán quienes lo hagan con mejor capacidad, porque Jiménez Rueda dejó discípulos y tuvo compañeros que no pueden ni deben olvidar al maestro y al amigo.

Nuestras respectivas generaciones estuvieron separadas solamente por algunos años. Tuve la honra de contar con su amistad y seguir de cerca su trayectoria intelectual, especialmente en la Facultad de Filosofía y Letras. Pero sobre todo, me complace en esta hora imaginar que tuve con él una semejanza de orientación en la vocación literaria transformada con el tiempo en dedicación a la historia, y que nuestras concepciones y convicciones de doctrina, ciencia y arte, tienen puntos de contacto suficientes para aumentar mi simpatía y tal vez mi parcialidad.

Sin contar las primeras efusiones de la adolescencia, que son casi siempre aleteos líricos, Jiménez Rueda entró al campo de la literatura en una época caracterizada por su empeño de explorar y aprovechar las fuentes originales de nuestra nacionalidad. Una de las direcciones de ese tiempo se dirigió hacia el pasado colonial, mientras otras apuntaban hacia el indigenismo, en los dos extremos de la arqueología y la novela rural moderna y revolucionaria. Jiménez Rueda pasó por la etapa del colonialismo para trabajar después en la historia. Pero el novelista, el dramaturgo y el cronista

no llevaron sus técnicas a la disciplina histórica sino en la justa medida que la literatura debe servir a la reconstrucción del pasado.

\* \* \*

La más desdeñosa negación de la historia se encuentra en Paul Valéry, que quiso aplicar con rigor el método cartesiano de la "indudable duda". "La historia, dijo Valéry, es el producto más peligroso elaborado por la química del intelecto. Hace delirar a los pueblos, los embriaga, engendra falsos recuerdos, exagera sus reflejos, mantiene abiertas sus viejas llagas, provoca manías de grandeza o de persecución y hace a las naciones ofensivas, insoportables y Vanas".

"La historia no tiene suficiente certidumbre para dictar reglas de conducta. Por ejemplo, los historiadores de la Revolución Francesa están de acuerdo exactamente como lo estaban Danton y Robespierre, pero con resultados menos terribles, porque felizmente los historiadores no tienen a su disposición la guillotina. Hay hechos históricos auténticos, pero la posibilidad de elegir entre los sucesos y los documentos permite al historiador escribir de acuerdo con sus simpatías".

"La historia contiene todo y dispone de ejemplos (o pretextos) para todas las políticas, todas las morales y todas las filosofías... la historia no puede prever el porvenir; no es un perpetuo "volver a empezar", porque aunque esto tiene algo de verdad en conjunto, los detalles son bastante numerosos e importantes para hacer absurda toda previsión. (Profetas o adivinos sólo aciertan por azar)".

Pero el mismo Valéry agrega dos conceptos:

1°—La historia puede ser útil, aunque sea en forma negativa, porque enseña que las previsiones demasiado precisas son contingentes, y es una gran ventaja ejercitar una preparación general sin pretender crear ni provocar los acontecimientos y evitar la desmoralización frente a lo imprevisto.

2°—La historia no es una ciencia, sino un arte; su lugar está entre las musas.

\* \* \*

Por lo que se refiere a la futilidad de las lecciones de la historia, aún podría extremarse la paradoja. Porque si se tiene en cuenta lo que en conjunto enseña la narración de los sucesos pasados, desbordante de sangre, crímenes, infamias y errores, más vale que la humanidad rechace los ejemplos de la injusticia entronizada, la violencia triunfante y la virtud escarnecida.

Si acaso se pueden discernir entre las abominaciones y los absurdos algunas muestras de bondad y virtud, o si fuera posible utilizar el espectáculo de las guerras y las tiranías para escarmiento y enmienda, sería preciso reconocer además que las lecciones de la historia son apenas escuchadas por una minoría más o menos atenta, mientras que apenas llegan en ecos deformados o no llegan para nada, para servir de guía a las masas analfabetas, los demagogos, los fanáticos obcecados y los tiranos con inteligencia de carneros.

Pero en el fondo, a pesar de todos los obstáculos, algo debe enseñar la historia, aunque sea un mínimo de ejemplaridad, lo mismo que la razón ilumina aunque sea en modestas proporciones, pues aún podemos decir con Juan de Mairena, que lo que juzgamos peor en este mundo, todavía es realmente empeorable.

Con análogas reservas admitiremos que el lugar de la historia está entre las musas. La musa de la historia no es solamente música. De la cadencia y las armonías del idioma sólo puede tomar el ritmo severo y clásico de un lenguaje claro y expresivo. Del sentido poético no debe aprovechar más que una ceñida y estricta función de vaticinio, únicamente para suplir la cesura del verso y llenar los huecos de la realidad por medio de la intuición y sin apartarse de la lógica. Si la historia es solamente un arte y no una ciencia, es el arte más realista, porque su misión esencial es buscar y exponer los hechos desnudos.

Me parece recordar (o lo imagino) que alguna vez cambié con Jiménez Rueda ideas que coinciden con estos puntos de vista. Y al mismo tiempo, tengo la certeza de que su equilibrio de espíritu, su tolerancia y su amplitud de visión, le hicieron llegar a la historia en una actitud que yo admiro y quisiera adoptar.

Pasados los arrebatos de la juventud, y sin perder la línea directiva, sin abjurar de las convicciones fundamentales de la ideología, se puede contemplar la historia como un templo sereno de sabiduría, donde se rinde antes que nada culto a la verdad. La interpretación de los hechos y la aplicación de distintas escalas de valores son en último análisis cuestiones de temperamento, de simpatía o de influencias contingentes.

La verdad objetiva es única e invulnerable. Así se aprenda a respetar las ideas y las creencias ajenas, a perdonar a los demás y lo que es aún más difícil y más necesario, a perdonarse a sí mismo.

No fue mi querido y admirado antecesor un elemento de agitación o de discordia; fue buen discípulo y buen maestro; y sus colegas podrán dar fe de que fue también un buen académico, en el mejor sentido de esta, palabra, por su saber y su estilo. Al rendir este homenaje, pido a la sombra amiga que me guíe por los claustros de esta docta institución donde su nombre ha quedado inscrito con signos de oro.

-----

En una obra titulada *La Última Expansión Española en América*,<sup>1</sup> estudia el profesor de la Universidad matritense don Mario Hernández Sánchez-Barba la acción española en la Provincia de Sonora, de la Nueva España, en la segunda mitad del siglo XVIII.

En este cuadro se destaca la personalidad del Visitador don José de Gálvez, más tarde Marqués de Sonora y Vizconde de Sinaloa, y como episodio central hallamos los sucesos dramáticos y hasta ahora misteriosos y confusos que dan un toque de fantasía y de locura a la gran empresa de la expansión española en su etapa final.

Vamos a glosar en seguida la parte que más nos interesa del libro mencionado.

\* \* \*

"La personalidad histórica de Don José de Gálvez le acredita como figura de primera magnitud en la constelación política española del siglo XVIII. Su concepto de América, adquirido prácticamente sobre el terreno, su genialidad operante, sus grandes concepciones políticas, hizo cambiar sustancialmente la política española en América... Supo plasmar la idea de unir la provincia de Sonora con las dos Californias... No pudo terminar totalmente su obra, porque hubo de hacerla sin contar con grandes ayudas... Aunque adscrito a las nuevas corrientes ideológicas, no abandonó por ello un solo instante el concepto español de la vida..."

\* \* \*

El 25 de agosto de 1765 llegó Gálvez a México como Visitador General, primer puesto de importancia en su carrera política. Su comisión incluía la supervisión de los Tribunales de Justicia y el arreglo de los ramos de la Real Hacienda, con facultades para reformar las costumbres y examinar la conducta de los empleados civiles. Con carácter reservado, parece que tenía también el encargo de investigar las acusaciones formuladas en contra del Virrey Marqués de Cruillas, por malversación de fondos. Inmediatamente comenzó su visita, desplegando una actividad extraordinaria y provocando por su energía el descontento entre individuos perjudicados en sus intereses, y en particular el grupo más cercano al Virrey. Esta tensión negó al extremo de producir la caída del Marqués de Cruillas y la designación del nuevo Virrey Don Carlos Francisco de Croix, dispuesto no solamente a colaborar con Gálvez, sino a obedecerlo.

---

<sup>1</sup>.— Madrid, 1957. (Instituto de Estudios Políticos).

En la expulsión de los jesuitas, Gálvez fue un colaborador del Virrey; en la empresa de la pacificación de Sonora el Virrey fue en realidad un instrumento manejado por Gálvez. Esto produjo la cooperación de un hombre inteligente y activo como era Gálvez con otro que ostentaba, el poder y era un buen organizador; y al mismo tiempo aumentó la hostilidad en contra del Visitador, porque a sus propios enemigos se agregaron los del Virrey.

Después de las duras represiones dirigidas personalmente por Gálvez en algunas provincias con motivo de la expulsión de los jesuitas, regresó a México el Visitador en noviembre de 1767 y "pensó con viveza en la reducción de aquellas partes del septentrión de la Nueva España". (Aquí es oportuno referirse a un interesante documento que contiene revelaciones extraordinarias sobre la conducta del Visitador: *"Expedición de Gálvez a California, Sonora y Nueva Vizcaya, relatada por su Secretario Don Juan Manuel de Viniegra, Madrid, 10-10-1771. Biblioteca Nacional. Mss.\_ 4.4.4. Papeles Varios, Fols, 411-530*).

Gálvez había comenzado con anterioridad a preparar su empresa. En marzo de 1767 ya escribía en carta particular sobre sus proyectos de fundar una cadena de poblaciones para ligar a Sonora con el resto de la Nueva España y expresaba haber conseguido como aportación voluntaria del comercio de México la cantidad de ciento noventa mil pesos. Sin esperar que las autoridades de la Metrópoli aprobaran sus planes, convocó en México a una Junta de Guerra y Hacienda, presidida por los más altos representantes de la Corona y obtuvo fácilmente autorización para emprender su expedición que debía tener por objeto "el arreglo de California y el poblamiento de Sonora". En esta reunión —25 de enero de 1768 se decidió también decretar la libertad de comercio entre Sonora y California y facilitar el envío de recursos indispensables para la vida desde los puertos de San Blas y de Acapulco. Esto demuestra que las intenciones de Gálvez iban mucho más allá de la pacificación de Sonora, lo cual se confirma al advertir que el mismo Visitador, al referirse a su comisión decía que la "Junta le había encargado para que pasase a California, Sonora y Nueva Vizcaya".

La magnitud de los proyectos se aprecia mejor en estas palabras del Virrey, al recomendarlos efusivamente "por ser este asunto el mayor después de la Conquista de estos dominios". Por eso apoyó al Visitador ante la Corte de Madrid y convocó a una nueva Junta de Guerra para aprobar sin discusión las condiciones que Gálvez fijó para realizar la empresa.

En efecto, el Visitador pidió y obtuvo lo siguiente: Representación amplísima con todas las facultades inherentes al cargo de Virrey; permiso para disponer de la mitad de los bienes destinados para fundaciones piadosas en la península de California; facultad para fijar la ubicación de presidios fronterizos y poblaciones para repartir tierras "según se practicaba en España con los colonos que se establecen en Sierra Morena"; facultad para

imponer cuotas o contribuciones para los gastos de la expedición a los habitantes de las provincias y disponer de la tercera parte de estos ingresos; entrega de mil quintales de azogue para fomentar la minería y 200 quintales de pólvora con el mismo fin; y por último, autorización para nombrar funcionarios civiles y para cargar al fondo de la expedición sus gastos personales, que no podía atender con su propio sueldo.

Hasta el 20 de septiembre de 1768 el rey de España aprobó las resoluciones de junta, pero Gálvez, confiado seguramente en las influencias que lo apoyaban en la Corte, o en su propia autoridad, se apresuró a iniciar la expedición.

Un folleto, que se supone inspirado en motivos personales, atribuye al Visitador los siguientes conceptos "La Naturaleza ha favorecido al puerto de Cerralvo, en el golfo de las Californias, para su defensa, con un murallón de plata potable, capaz, por la abundancia y extensión de envilecerse por sí mismo este metal, en todas las Naciones del Mundo. Por medio de este y otros hallazgos que la providencia Divina escondió a los famosos conquistadores, quiere hacer memorable el nombre de este humilde criado del Rey español: dichosos S. M. con mi venida, pues haré exceder sus tesoros a los de Cresco, y sus vasallos a los de Xerges. Venturosos serán también los Cirineos que llevo a esta Santa empresa, porque con la gloria de arribar a tan feliz puerto, verán relucir lo que con torrentes de agua se oculta en el abismo, y tal vez las anclas de los Buques que nos conduzcan agarrarán en selvas de Corales y en Placeres castrados de perlas, según las bien circunstanciadas noticias con que me hallo. Desde California me seguirán 5 a 6 millones de pesos, que inmediatamente haré acuñar en mi nueva casa de moneda para ocurrir a las primeras urgencias de la fundación de la ciudad de Carolopolis sobre la unión de los dos famosos ríos de Colorado y Gila, y la que llevo ideada y he de situar en el cabo de San Lucas con el nombre de Luqueya....."

Este discurso se puede calificar como superchería de uno de los muchos enemigos de Gálvez y del Virrey. ("Gracias especies que se le ocurrieron al Visitador General D. José de Gálvez antes de partir la expedición de Sonora y California". Archivo General de las Indias, *Estado*. Legajo. 42. documento N<sup>o</sup> 3). Sin embargo, si se tienen en cuenta los extravíos y disparates que vamos a relatar, podría creerse que en estas frases hay un reflejo de expresiones vertidas por Gálvez, en su entusiasmo por la empresa.

La preparación financiera de la expedición merece mencionarse en detalle. La Real Hacienda no hizo ninguna aportación directa, ya sea por penuria o por deseo de Gálvez de operar con relativa independencia, recordando en cierta forma la conducta de los primitivos Conquistadores. El Virrey entregó cincuenta mil pesos, destinados a obras que Gálvez debería realizar en California al margen de su misión; el Arzobispo y el Cabildo de México contribuyeron con cinco mil pesos y en la misma proporción el Arzobispo y el Cabildo de Puebla; los comerciantes de México y de Veracruz hicieron donativos y préstamos; se anticiparon los situados de las Cajas Reales de

México a California; se adquirió un préstamo sobre la tesorería del tabaco de Guadalajara y las Cajas Reales de esta propia ciudad prestaron además trescientos mil pesos. Además, con préstamos de particulares se llegó a la suma en conjunto de novecientos treinta y siete mil ochocientos pesos. (Archivo General de Indias, *México*, leg. 2.478. Testimonios de los cuadernos que contienen las cuentas hechas por el tesorero Juan José Echeveste y el recaudador de fondos Pedro Corbalán. Tribunal de Cuentas a Arriga, México, 24-5-1768. AGI, *Guadalajara*, leg. 416, doc. 28. Croix a Arriaga. 14-3-1768. docs. 24 y 25.)

La colaboración de los vecinos y de las misiones de Sinaloa, Sonora y California fue muy importante, pues aun cuando no alcanzó mayores proporciones en dinero efectivo, fue de gran utilidad por la cooperación en víveres y medios de transporte y de trabajo y sirvió para dar a la empresa un carácter colectivo, superior a la simple actividad oficial.

No es el propósito de estas anotaciones reproducir las crónicas más o menos conocidas de la expedición de Gálvez y sus trabajos de organización de California y pacificación de Sonora, sino señalarlos únicamente como antecedentes de la colonización de la Alta California y prólogo de los sucesos dramáticos que dieron fin a la empresa y la dejaron como un gran proyecto frustrado. Esto es lo que hasta ahora se conocía como 'enfermedad de Gálvez', determinante de su retirada de la zona que hasta entonces había sido escenario de su actividad política.

Desde mediados de julio de 1769 se encuentran en su correspondencia indicios de salud alterada. Escribía.: "aunque pueda importar en la actualidad la conservación de mi salud, no me es posible cuidar de ella, porque es infinito lo que me ocurre, y mi genio quiere acudir a todas partes"... Y juzgaba que la causa era "lo contrario que es a mi naturaleza este temperamento y el inmenso trabajo que ha caído sobre mi cansado Espíritu en los graves asuntos que ocurren en estas provincias". (Carta de Gálvez a Pineda. — Real Academia de la Historia. *Colección de Memorias de la Nueva España*, t. XVIII. fs. 40 v. 43 v. y 44).

El 29 de agosto comunicó al Virrey que se encontraba "libre del riesgo de unas perniciosas tercianas y otros accidentes de que padeció por espacio de un mes".

Y en otras cartas insistió sobre su mejoría, comprobada por su actividad en las tareas de pacificación. Pero las fiebres tercianas se repitieron, y el Virrey recibió informes del cirujano que atendía a Gálvez, con la recomendación de que el enfermo se trasladara a México, pues aunque había tenido que dejar el cuartel del Pitic, no había hallado alivio en la misión de Ures a pesar de la mejoría de clima. En consecuencia, el Virrey ordenó que Gálvez se restituyera a México para su curación.

Estos son los datos oficiales, y hasta ahora los únicos conocidos por la mayor parte de los historiadores. Diversas referencias a las extravagancias de



Gálvez solamente se habían hecho sin ahondar más el asunto, y a veces con evidente ligereza, tornando algunas frases o hechos como indicios del carácter del Visitador y no como extravíos ocasionales.

El profesor Hernández Sánchez-Barba presenta como información de gran interés el documento suscrito por el secretario Juan Manuel de Viniegra.

Gálvez tuvo en la Nueva España dos secretarios de oficio: Don Miguel José de Azanza, más tarde Virrey y Don Juan Manuel de Viniegra. Ambos fueron apresados e incomunicados cuando regresaron a México en compañía del Visitador, les fueron intervenidos todos sus papeles y por separado fueron remitidos, Azanza a La Habana y Viniegra a España. El informe de Viniegra tiene la fecha del 10 de octubre de 1771.

Es posible que los datos proporcionados por el Secretario de Gálvez obedezcan parte a resentimiento, porque según parece, el hecho de haber transmitido noticias sobre los trastornos del Visitador usando el término de "locura" fue la causa de su prisión y desgracia. Juzgar a una persona como demente o loco en aquellos tiempos era tanto como creerlo endemoniado, y en el caso de una personalidad como Gálvez la indiscreción se convertía en desacato. Pero sin la calificación de locura, ya sea estimando como enfermedad o como extravagancia, las palabras y gestos del Visitador fueron anotados por otros individuos, y hay en las relaciones respectivas un fondo de verdad.

Lo cierto es que Azanza y Viniegra fueron castigados severamente. Azanza pasó a La Habana y después a España, donde volvió a recibir la protección de Gálvez y ascendió hasta los puestos de Ministro de la Guerra y Virrey de Nueva España. En cambio Viniegra se perdió en la oscuridad, tal vez por no haber tenido ocasión de recibir recompensa por su silencio. Además, su informe no parece realmente inspirado por la malevolencia, sino por el deseo de propia justificación, y de todos modos, es tan interesante su testimonio que vale la pena registrarlo.

La salud de Gálvez, cuenta Viniegra, comenzó a resentirse a raíz de la sublevación de los indios "fuerteños"; esta circunstancia y la tenacidad defensiva de los rebeldes de Cerro Prieto y la falta de caudales para continuar la campaña "le encogieron el corazón y le consternaron el espíritu, en tanto grado que entregándose a una profunda melancolía, ningún objeto ni diversión se la desvanecía". Continuó sin embargo su actividad oficial, mezclando disposiciones prácticas y sensatas con algunos rasgos fuera de lo común. Ordenó, entre otras cosas, una quema pública y solemne de arcos, flechas, macanas y todo instrumento ofensivo de los indios "mayos y fuertes", y ante dos mil indígenas asombrados pronunció un discurso ferviente, blandiendo al mismo tiempo su espada. Los jefes indios debían prestar juramento de fidelidad y Gálvez, colocado en el lado del Evangelio, frente al altar mayor

de la Iglesia Real de Alamos, con la cabeza cubierta y el acero en la mano, recibía el voto de los indios que se inclinaban y besaban la cruz de la espada.

La rara conducta de Gálvez se describía también en el folleto que aparece anónimo en el Archivo General de Indias. El título completo es "Graciosas especies que se le ocurrieron al Visitador Gral. de Justicia y Ramos de la Real Hacienda de la Na. España D. Josef de Gálvez antes de partir a la expedición de Sonora y California durante su peregrinación en aquellos desiertos, a los que se condujo con el fin de mejorar su constitución de poblarlos: de reducir las Naciones Bárbaras y de desentrañar las inmensas riquezas de sus minerales". Según el profesor Sánchez-Barba, aunque anónimo y sin fecha, este escrito de carácter político puede atribuirse al mismo autor de los "apuntes sobre el Gobierno de América" fechados en Madrid el 5 de octubre de 1777, Don Francisco de Roma y Rosell. Ambos manuscritos fueron sacados de un legajo titulado: "América: Memorias y representaciones relativas a aquellos dominios y clasificados en el Archivo de Indias en la *Sección de Estado*, leg. 42.

Cuando tuvo un alivio de sus fiebres tercianas salió Gálvez en viaje hacia el cuartel de Pitic, para continuar su asedio en contra de los rebeldes de Cerro Prieto. Pero antes se dirigió al Real de Aduana, cerca de Alamos, para rezar ante una imagen de Nuestra Señora de Balvanera. Puso su estoque en el ara, se hincó de rodillas y luego se postró con todo su cuerpo en el suelo, con los brazos abiertos y oró un buen rato. Luego se volvió al auditorio para pedir en voz alta que rogaran a Dios por la continuación de su salud y que si convenía, le iluminase con los medios más eficaces para destruir a los indios rebeldes.

Aquí comienzan a surgir los incidentes más raros. Gálvez declaró que "para la salida de la expedición que había proyectado era necesario recurrir a un patente milagro y desde entonces empezó, (como lo vimos después) a asomarse aquel accidente. Y surge la pregunta: Fingió Gálvez la locura para que lo retirasen y no tener que continuar una expedición, en la que ya había conseguido lo que permitían sus escasos recursos económicos?

En el pueblo de San Miguel asistió Galvez a una fiesta que los indios celebraban, y durante la noche permaneció con los nativos "comiendo todos aquellos extravagantes guisados que sólo a los Yndios son sabrosos, y causando sorpresa ver al Gefe con una festiva familiaridad muy ajena de su genial entereza y compostura".

Llegó el Visitador al cuartel de Pitic el 1º de octubre y hasta el 13 mantuvo conferencias con los militares preparando un asalto definitivo contra Cerro Prieto. El mismo día 13 todavía redactaba un informe que pensaba enviar a Madrid, pero no pudo terminarlo. A las dos de la mañana salió precipitadamente de su tienda, llamó al sargento mayor Matías de Armona,

que pasaba casualmente y le dijo: "Acaba de traerme unos pliegos San Francisco de Asís por los que me instruye de la ignorancia de los jefes militares en la guerra que hacen a los indios enemigos. Yo los voy a destruir en tres días, con solo traer de Guatemala seiscientas monas, que vistiéndolas a la soldadesca y echándolas a correr por el Cerro Prieto ahuyentarán fácilmente a los contrarios a muchas leguas de distancia".

Después de estas palabras que seguramente dejaron estupefacto al sargento, entró Gálvez a su tienda, se vistió de prisa y se fue a los cuarteles. Comenzó a saludar a los soldados que eran más de mil, y se empeñaba en darles la mano; les pedía que fueran sus amigos y camaradas y les ofrecía dinero abundante. Ordenó verbalmente a la tesorería que diera a cada soldado lo que pidiera, con lo cual "la casa del tesorero se transformó en jubileo plenísimo" y se impuso pronto la necesidad de suspender la orden del Visitador.

En la comida, en presencia de todos los oficiales, continuó con sus disparates, repitiendo con insistencia que si alguno se atrevía a comentar sus órdenes, le pondría la cabeza a los pies, quemándolo en una pira. Los oficiales, y en particular el médico-cirujano mayor de la expedición don Guillermo Gis, estimaron que el trastorno de Gálvez era una verdadera locura, pero nadie se atrevió a escribirlo. Se logró aislarlo en su cuarto y se le aplicaron sangrías para calmarlo. Después fue llevado a la misión de Ures, con la esperanza de que un clima más saludable le fuera favorable. Pero los ataques de locura se repitieron desde el 25 de octubre hasta el 8 de diciembre.

Se asomaba a la ventana de la misión para gritar que él era el generalísimo de todas aquellas provincias con toda la potestad del Rey y del Papa. Nombró a un mestizo gobernador de Sonora; dictaba órdenes para que un correo hiciera jornadas de ocho leguas o para que se construyeran inmediatamente caminos tan buenos como los de Flandes. Algunos decretos eran tan largos que no cabían en varias resmas de papel. Disponía que se cortaran cabezas, sin exceptuar al Virrey, daba formas en blanco y repartía entre sus dependientes regalos en libranzas por cuantiosas sumas. "En fin, dice Viniegra, el señor Visitador hizo en este tiempo todo lo que puede hacer y decir un hombre de su talento, sin llegar a perderle". Pero aún hizo más enseguida.

Del 8 de diciembre de 1769 al 25 de enero de 1770, el extraño mal tuvo un receso y Gálvez pudo dictar una carta para el Virrey explicando que su dolencia era de calenturas malignas, aunque bien sabía que su cabeza había padecido una larga tormenta y se acordaba de sus disparates.

Los secretarios del Visitador fueron autorizados para conducirlo a México. Iniciaron su marcha el 3 de febrero y el día 7 repitió el ataque, que continuó más o menos fuerte hasta el 28 de marzo. Decía Gálvez unas

veces que era el rey de Prusia o Carlos XII de Suecia; en otras ocasiones se titulaba Almirante de España o Consejero de Estado, o se creía inmortal e impasible como San José y aún como el Padre Eterno... Una vez quiso celebrar el juicio Final en calidad de Verbo Divino. Afirmaba que había muerto y resucitado cinco veces después de haber visto, el Cielo Empíreo. Hablaba de proyectos para construir una canal desde la laguna de Chalaco, cerca de la ciudad de México, hasta el puerto de Guaymas, con capacidad para la navegación de barcos de ochenta cañones. Distribuía capelos, mitras, collares del Toisón de Oro, hábitos de órdenes militares, cruces de San Luis y hasta imperios enteros.

También tenía accesos de furia, rompía cerrojos, catres y ventanas, trataba de quemar sus ropas y su habitación, o se negaba a vestirse y se pasaba desnudo días enteros. En completa desnudez se ponía a la ventana y arengaba a los indios diciendo que él era Moctezuma y que los dogmas de la religión se reducían a creer en Nuestra Señora de Guadalupe y en el Emperador Moctezuma. Afirmaba que la Sagrada Escritura se había referido a él, con las palabras "Spiritus domini ferchatur super aguas", puesto que había andado de monte en monte y de mar en mar. Se declaraba autor del himno "Dies irae" y de las comedias "Las Armas de la Hermosura" y "El triunfo de la Cruz". Escribía frases sueltas en muchos papeles y entre ellos se halló uno que decía: "Joseph de Gálvez, loco para el mundo, infeliz para él, rueguen a Dios que sea feliz en el otro".

Pedía con insistencia que se apresurara su viaje a México, porque ahí se le esperaba para presidir el Concilio y reclamaba que se rindiera homenaje de rodillas a su caja de tabacos, porque "en ella estaban cuatro hostias de Pan Azimo que le había consagrado el Arzobispo de México según el rito griego". Llegó a pasar hasta cinco días seguidos sin comer.

Pero el trastorno mental disminuyó. Pudo continuar el viaje y llegó a Chihuahua bastante mejorado el 30 de marzo. Allí encontró al betlemita Fray Joaquín de la Trinidad, enviado por el Virrey para proporcionar auxilios médicos a Gálvez. Afirma Viniegra que aun cuando el fraile conocía que el mal del Visitador era locura, consiguió que se volvieran para Sonora el Cirujano Gis y el prefecto de las misiones y escribió al Virrey lo contrario de lo que había visto, aun cuando Gálvez le dijo que si el Arzobispo y el Virrey no salían a recibirlos en Querétaro, les mandaría cortar las cabezas. El informe de Fray Joaquín de la Trinidad hizo que las noticias sobre la locura transmitidas por Azanza y Viniegra fueran juzgadas como irreverentes falsedades, y a falta de otra explicación puede deducirse que este fue el motivo de su prisión que duró nueve meses, además de la confiscación de papeles y enseres personales. Al tomar declaración a Viniegra el propósito principal del funcionario que intervino en el proceso don Juan de Varela, fue

obtener una declaración formal y amplia sobre el concepto en que habían transmitido de la enfermedad del Visitador, en contradicción con otros informes.

Viniegra fue embarcado para España el 15 de enero de 1771. Azanza fue enviado a La Habana y se retractó de lo que había informado juntamente con Viniegra. En cambio, éste se negó a retractarse y a pesar de todos sus esfuerzos, no parece que haya obtenido ni rehabilitación ni perdón. El documento que aquí se ha citado no tenía la finalidad de atacar a Gálvez, puesto que admitía que el trastorno mental había sido transitorio, sino de solicitar algún empleo. Todo el delito figurado, concluye, se cifró en haber notificado al Virrey la demencia del Sr. Visitador "Feliz culpa que cometió nuestro honor, nobleza, lealtad y vasallaje, por Dios, por el Rey, por el estado". Quiero por un rato acusar de ligereza nuestro aviso, quiero que el frenesí furioso no fuese el Sr. Visitador, sino nuestro, pero si con nosotros firmaron los Informes de trastorno de juicio de cuanto iba sucediendo sujetos condecorados del ejército y la comitiva, ¿por qué no los arrestaron?

Muchos testigos pudieron confirmar lo escrito por Viniegra, pero no se intentó ninguna investigación o se han perdido las huellas de otros testimonios. La influencia de Gálvez era suficiente, para imponer censura y silencio sobre incidentes que podían perjudicar su prestigio y su brillante carrera.

Muchos documentos mencionan la "enfermedad del señor Visitador" pero los extremos de demencia solamente aparecen en los papeles que aquí estudiarnos.

El profesor Sánchez-Barba formula la sospecha de que los accesos de locura fueron simulados, para justificar su retiro y el abandono de la expedición de Sonora. Sin embargo, esta hipótesis no pasa de tal, y en su contra puede alegarse que Gálvez llegó en sus accesos a tales extravíos, que resultaba peligrosa la simulación, ya sea para repartir dinero y otorgar nombramientos o para imponerse ayunos y exponer su persona y su investidura al ridículo en forma exagerada, al mismo tiempo que hacía funcionar la más rígida censura para evitar la difusión de los síntomas de locura.

Gálvez tenía suficiente poder, aún por encima del Virrey, para decidir sobre la marcha de la expedición, y de su persona. Es más sencillo suponer que las fiebres palúdicas claramente identificadas, los excesos de trabajo y las preocupaciones por el fracaso de la empresa, obraron sobre un temperamento excitable y que hasta dentro de su normalidad aparente mostraba señales de megalomanía y exaltación. Los delirios y trastornos producidos por las calenturas no son raros en los casos de paludismo agudo, y precisamente presentan la circunstancia de ser ocasionales y transitorios.

De todos modos, no es este el punto que principalmente nos interesa. Otras son las lecciones que deseamos deducir de esta "locura de Gálvez". El autor de *La Última Expansión española en América* expone como conclusión lo siguiente. La coyuntura histórica de Sonora en el siglo XVIII se aparece sobre una estructura social, económica y política radicalmente pobre y escasa de recursos. Su potencial económico era débil, su potencial humano insuficiente, los problemas planteados muchos, los elementos étnicos adversos. Todo se concitaba en extender sobre ella, y en general, sobre todo el noroeste de las posesiones españolas en América, una amplia y prolongada serie de circunstancias adversas.

Al mismo tiempo, las tendencias de expansión colonial de algunas naciones europeas se encaminaban en dirección contraria de la expansión hispánica, comenzando en esta zona del Pacífico por la avanzada comercial, especialmente en el productivo comercio de pieles de nutria.

España no tenía una auténtica y dirigida política americana, (excepto en el periodo de las actividades de Gálvez como Visitador y después Secretario del Despacho Universal de Indias), ni unidad orgánica de mando; ni mucho menos previsión para atender los problemas que se presentaban como peligrosos, y en esta ocasión se conformaba con una actitud defensiva. En consecuencia, Sonora no parecía señalada para tomar un papel importante en la geopolítica de su región, a no ser por la idea directriz incubada en la mente inquieta de José de Gálvez, que quiso dar una base a la acción ofensiva frente a las incursiones rusas, inglesas y después las norteamericanas, y evitar que el Océano Pacífico dejara de ser una especie de lago español y se convirtiera en espacio internacional.

Parece milagrosa la actividad de Gálvez, que intentó convertir a Sonora, débil y abandonada en eje de una amplia dinámica progresiva, superando la idea misionera del Padre Kino, al establecer un centro de operaciones y una base de la expansión española hacia el norte, última empresa de este tipo realizada por España en América, y ya con un sentido de política mundial. La locura de Gálvez, real o fingida, puso término a la tarea de pacificación, pero los principales objetivos quedaron plenamente alcanzados y logrados, convirtiéndose desde entonces toda la zona Sonora-California en emisora de expediciones al norte, para contrarrestar las acciones imperialistas de otras potencias. Los medios humanos y los factores materiales fueron escasos; el fermento revolucionario impidió la estabilización y continuidad de la empresa. Pero la idea de Gálvez, el motor de una expansión española, —la última en el tiempo y espacio—, es de extraordinaria calidad humana y política y de grandes repercusiones internacionales.

Se ha discutido el verdadero carácter de las misiones en la colonización de América en general y de California en particular, según se conceda más importancia a la función evangelizadora que a la tarea política. En realidad, las diferencias de criterio se deben principalmente a la diversidad de los puntos de vista. Los cronistas religiosos atienden naturalmente en primer lugar la obra catequista, y los laicos, sobre todo en la época moderna, tratan de buscar los factores políticos, sociales y económicos que debían por fuerza acompañar a la acción evangelizadora. Entre los dos extremos, podría citarse la opinión de Bolton, quien a pesar de su doble divergencia religiosa y racial, aprecia este contraste con moderación:

"Las frases de piedad no era pura hipocresía. Existían verdaderos deseos de difundir la fe". Pero (los misioneros) eran muy pobres y tenían pocos recursos materiales para sostener los proyectos religiosos, y en consecuencia tenían que contribuir a finalidades religiosas y políticas". (Dr., Herbert E. Bolton: *Wider Horizons of American History*).

Al referirse a estas palabras de Bolton, el autor de *La Última Expansión Española en América*, expresa que hay razones de mayor profundidad que demuestran la adscripción de las misiones a la acción política, aunque sin perder su carácter fundamental de servir como vehículos a la evangelización. Y agrega que las dos grandes figuras de la expansión española en la Alta California son fundamentalmente dos: el político que concibió la gigantesca empresa, José de Gálvez, y el misionero que llevó a la práctica una de sus facetas fundamentales, Fray Junípero Serra.

Pero debe observarse que en el siglo XVIII no aparecen mezclados en la iniciativa y realización de las grandes empresas las dos grandes figuras del Conquistador y el Fraile, porque ya se presenta en lugar principal el político. Ya no es la empresa franca que se realiza a fuerza de valor y de sangre. El escenario se ha hecho universal y las empresas de expansión necesitan sujetarse a una técnica nueva y más rigurosa, aunque subsista el ideal de la monarquía española de difusión de la fe. En el caso de Gálvez, se advierte la intención de aprovechar con fines políticos la acción expansiva latente en la misma entraña de los franciscanos. Es preciso notar que al Padre Serra no le era muy grato ser el continuador de las misiones ya organizadas por los jesuitas.

Quizá las misiones, una vez establecidas, abandonaron su carácter político, pero es indudable que fueron utilizadas como primer baluarte en el Pacífico contra las tentativas de potencias extranjeras. Y no debe olvidarse que el mantenimiento material de las misiones franciscanas del Pacífico en la Alta California, dependía directamente del Virreinato, de donde partían las órdenes para cubrir sus necesidades de colonización.

\* \* \*

Desde mediados del siglo XVII, después de realizar la conquista de Siberia y descubrir la península de Kamtchatka, los rusos se sintieron atraídos hacia el Océano Pacífico. En 1728 el marino danés Vito Behring y el ruso Tshirikov descubrieron la separación de los continentes asiático y americano, pero sin aproximarse a las costas del Nuevo Mundo. En 1740 se hicieron nuevos intentos de exploración, que llegaron al conocimiento de las autoridades españolas. El embajador de España en San Petersburgo, conde de Lacy, informó a su gobierno sobre estos viajes, aunque en forma imprecisa, porque los rusos procedían con gran sigilo. Sin embargo, se supo que otra expedición rusa había logrado establecer una colonia en territorio que se suponía perteneciente a California, a la altura aproximada de los 64 grados. Aunque eso era un error geográfico, los españoles se sintieron amenazados directamente y el Virrey de Croix transmitió instrucciones a Gálvez para que se tomaran medidas defensivas, lo cual sirvió de estímulo para el movimiento hacia la Alta California.

El peligro ruso se volvió a sentir más tarde. El Embajador de España en Rusia, don Miguel de Gálvez, hermano de José, informó sobre la presencia de los rusos en la costa americana, ya francamente dedicados al comercio de pieles, bajo la protección imperial y la dirección inmediata de Shelikov y Golikov. En 1779 la protección oficial se hizo más patente al crearse la Compañía Imperial Ruso-Americana de Pieles que ya revelaba una acción expansiva rusa en el Pacífico.

El gobierno español trata de investigar si Rusia estaba en tratos de alianza con los ingleses, y su representante en Moscú informó que no existían tales intentos, y que más bien había probabilidades de la unión de Rusia y España contra Rusia en el Pacífico. Pero esta tendencia no podría progresar porque a su vez Rusia no quería entrar en franca pugna con Inglaterra. En cambio, el ministro Floridablanca en una carta dirigida a Manuel Gálvez, (*Aranjuez*, 4-6-1790, Archivo Histórico Nacional. Leg. 4.631) insiste en la conveniencia de gestionar la alianza contra Inglaterra, pues las potencias europeas "podrían ver claramente la necesidad de impedir el predominio inglés, obteniendo (España) el equilibrio de los mares".

Como puede verse, Floridablanca seguía los cauces de la política internacional de aquella época, en un juego que tuvo tantas variaciones y complicaciones, según las conveniencias dinásticas, militares o comerciales.

Los rusos siguieron desarrollando sus actividades comerciales, y en 1787, preparan en Irkustk una expedición destinada a establecer un tráfico permanente sobre la costa de América. Esta expedición dedicada, especialmente al tráfico de pieles fue muy provechosa para los rusos.



Es curioso observar cómo las complicaciones políticas internacionales ya presentaban desde entonces aspectos que se han prolongado hasta la época actual, y aún parece que el criterio de Miguel de Gálvez se anticipa a la opinión corriente en ciertos sectores respecto a lo que se sigue llamando "peligro ruso".

En efecto; en carta enviada a Floridablanca dice el citado Gálvez que tal peligro no era inminente, mientras no se estableciera en Kamtchatka una población poderosa que sirviera de base, pero informa que el gobierno ruso trabaja con mucha actividad "por medio de interesados en el comercio de peletería y expediciones que tiene proyectadas". El ministro español en Rusia definía el sistema político de los rusos con estos puntos:

1º—Mantener en esclavitud el paisanaje y en obediencia a la nobleza.

2º—Mantener la preponderancia rusa en el norte de Europa.

3º—Engrandecerse a costa de los turcos, persas y chinos "y aún en la América".

4º—Engañar a las cortes europeas para que les ayuden en sus propósitos".

Esta anotación del profesor Hernández Sánchez-Barba muestra que salvo los cambios geográficos, es parecido el panorama geopolítico ante el criterio español.

El virrey de la Nueva España, Conde de Revillagigedo, creyó que el peligro ruso era menos inminente en el tiempo pero más próximo en el espacio, y propuso afirmar los límites de la soberanía española hasta el llamado estrecho de Juan de Fuca. (*Instrucción de Revillagigedo a Branciforte*; México, Biblioteca Nacional de España. Mss. 11.003). En julio de 1793 el comandante español en Nootka tuvo noticias de que los rusos se habían establecido en una de las islas de Cuadra, instalando una batería de diez cañones y emprendiendo obras de fortificación. España quiso prevenir el conflicto concertando un tratado comercial con Rusia, pero Inglaterra se adelantó y procuró la alianza rusa.

Ante la realidad del peligro que significaba la expansión rusa más o menos combinada con la expansión inglesa (aumentada y corregida por su transformación en expansionismo yanqui) la postura española indicada por el Visitador Gálvez fue de afirmación sobre los territorios descubiertos por España. Pero a la muerte de Gálvez en 1784 se cambió la actitud española y el problema de América y se convirtió en un asunto puramente político, juego de las complicaciones europeas. Y en la práctica, se olvidó la consigna de aprovechar como base de operaciones la vía terrestre a partir de las provincias de Sonora y California, y no confiar en la comunicación marítima, puesto que España había perdido el dominio del mar y no tenía barcos ni marinos para contener el empuje británico. (Informe político de don Alejandro Malaspina sobre las costas No de

América. Publicado en el *Viaje Político-Científico alrededor del mundo por las Corbetas Descubierta y Atrevida*. Madrid, 1885).

El ingeniero Miguel Constanzó sostenía que la necesidad de continuar la política de Gálvez mediante la comunicación de las provincias por tierra, asegurando las rutas y las fundaciones con recursos militares ; fomentando la población ; utilizando a las misiones como método de penetración y usando solamente para el tráfico marítimo embarcaciones pequeñas de cabotaje. (*Informe de Don Miguel Constanzó al Virrey de la Nueva España*. 17-10-1794; Biblioteca Nacional). (*España*. Mss. 19.266, fol. 175 y ss).

En cambio, el ilustre marino Alejandro Malaspina, aconsejaba la iniciación de un comercio activo, en competencia con rusos e ingleses, estableciendo un tráfico libre con las poblaciones nativas de la costa del Pacífico en vez de buscar la dominación política. Esa proposición implicaba reducir los límites de la expansión española de acuerdo con la realidad vigente, admitiendo que las exploraciones no bastaban para asegurar el dominio cuando faltaban las comunicaciones eficaces para sostener y poblar los territorios descubiertos. Debía también por motivos semejantes renunciarse a la actividad ofensiva y tratar de conservar cuando menos los grandes centros de producción minera de oro y plata. (Carta autógrafa de Don Alejandro Malaspina dirigida al Consulado de México acerca de la conveniencia del establecimiento del comercio de pieles de nutria a cambio de efectos nacionales. Museo Naval. Madrid, Mss. *Reino de Méjico*. t. II. fols. 56 r. 62. v.). Pero tales sugerencias no fueron escuchadas (y tal vez hubieran sido inútiles por tardías o impracticables). La libertad de comercio y navegación y el funcionamiento pleno de la iniciativa privada según las fórmulas inglesas, eran doctrinas extrañas para los españoles, adheridos al sistema clásico de explotación colonial y al concepto tradicional de soberanía fundada en el descubrimiento.

Por lo que se refiere a la novedad de las informaciones de la locura de Gálvez, es conveniente advertir que cuando menos desde el año de 1916 eran bien conocidos los datos del *Apunte Instructivo* de Viniegra, identificado con esta ficha: 35 Archivo Histórico Nacional.—Estado.—Legajo 2845.-1773. Madrid junio 1771. Con todos los detalles que ahora se repiten en esta glosa trató el asunto Herbert Ingram Priestley en su libro titulado *José de Gálvez, Visitador General of New Spain*. (1765-1771) Berkeley, University of California Press. 1916. Además en el Archivo Nacional de México puede consultarse el *Manifiesto de la conducta observada, por Croix y Gálvez* del jurista Eusebio Ventura Baleña. (Abril 9-1772. 104.-3-3) que contiene las mismas noticias.

Sobre el verdadero carácter de la locura del Visitador, lo más interesante y decisivo sería conocer más de cerca del desarrollo de su personalidad, durante los años posteriores a su permanencia en la Nueva España. Parece que su conducta en el cargo de miembro del Consejo de Indias no presenta ningún

rasgo de anormalidad, aunque no puede olvidarse en este caso la reticencia de los documentos oficiales.

De todos modos, no es la persona de Gálvez lo que deseamos evocar en estas páginas, sino los sucesos históricos en los cuales tuvo intervención como Visitador de la Nueva España. Sus actos, palabras y gestos tienen más bien incentivo por su calidad rara y dramática y como sugestión o símbolo de la gran empresa que marca el fin de la expansión hispánica en América.

Porque ciertamente hay en tal gesta, un toque de la demencia iluminada que impulsó a los navegantes y conquistadores y los arrojó en desmesuradas aventuras, que a veces servían para fundar imperios y otras terminaban como el combate de Don Quijote contra los molinos de viento. Es una honra para los descendientes de conquistadores y conquistados, que en esa empresa de llevar la civilización al extremo norte del Nuevo Mundo, fueran los guiones de Castilla y León en manos de capitanes criollos y soldados mestizos y que al celo apostólico de un fraile de Mallorca, se juntara la humilde tarea de los indios mansos y la aportación de los fondos piadosos que dieron alimento a las misiones cuando el mismo México se consumía en la pobreza.

Aunque el imperio creado pasara a otro dominio, nadie podrá negar que la grandeza de California tenga un origen indígena y criollo. Mientras resuenen las voces de timbre latino designando reliquias misioneras, presidios convertidos en ciudades y ranchos transformados en granjas, esos nombres que parecen repiques de campanas — Sacramento, Los Ángeles, Monterrey, Santa Clara, San Francisco — harán tal vez levantar el ánimo de los humildes trabajadores mexicanos, que también ahora cumplen la heroica tarea de vivir de ilusiones y abrir nuevos surcos para que otros disfruten la cosecha.

## **Discurso de Contestación y bienvenida por el Académico Dr. Don. Arturo Arnáiz y Freg**

Señor Director de la Academia Mexicana de la Historia. Señor Secretario de Educación Pública,  
Excelentísimos señores Embajadores,  
Señoras y señores:

Esta noche, después de haberlo electo hace varios meses, la Academia Mexicana de la Historia, abre formalmente sus puertas a uno de los historiadores más notables del México contemporáneo.

D. Alfonso Teja Zabre, llegó al trabajo histórico por los caminos de la poesía.

Cuando era un hombre excepcionalmente joven, México lo vio distinguirse en el año de 1910, como orador y como poeta. D. Genaro García, tan hábil para descubrir vocaciones, decidió encomendarle, junto con el joven abogado Francisco M. de Olaguíbel, la preparación del volumen en gran folio de la Crónica Oficial de las Fiestas del Primer Centenario de la Independencia de México, que fue impreso en los Talleres del Museo Nacional, en 1911. Entre los documentos que permiten reconstruir aquella solemne conmemoración, aparece su poema épico a *Los Héroes Anónimos*, premiado en uno de los concursos organizados por la Comisión Oficial del Centenario por un jurado que integraron don Justo Sierra, don Ezequiel A. Chávez, don Joaquín D. Casasús, don Genaro García y don José López Portillo y Rojas.

Desde entonces aparece muy clara su preocupación por:

... "los héroes humildes que no hallaron la gloria,  
Ni grabaron su nombre para siempre en la Historia,  
Ni cayeron envueltos en la patria bandera,"

Han pasado largos años desde el día en que de la pluma de Alfonso Teja Zabre, diestra en apresar el aleteo de la poesía, brotó su primer trabajo histórico y, desde entonces, este hombre, en el que se confirma una lúcida observación de Montesquieu, ha encontrado en su preparación de jurista anchos caminos para emprender el duro itinerario del historiador. A lo largo de varias décadas, ha sabido afinar sus instrumentos expresivos, ampliar el caudal de sus lecturas, hacer la pluma más dócil a los matices de su fino pensamiento y enriquecer de manera extraordinaria el caudal de su sabiduría.

Sereno y equilibrado, D. Alfonso Teja Zabre ha servido con honor a nuestro país en la cátedra, en la judicatura y en la diplomacia.

Los que saben de esas cosas, me han dicho que sus aportaciones como redactor de los códigos que en el ramo penal están todavía en vigencia, han sido particularmente valiosas. Y en varias naciones de este Continente se recuerda con respeto y con afecto la figura digna de este hombre que ha sabido ser uno de los más distinguidos embajadores de México en algunas de esas Repúblicas que tienen de común con la nuestra, muchas etapas fundamentales de su vida histórica.

Hace cerca de veinte años que tuve el honor de escuchar, como alumno, el curso sobre Historia de México en el siglo XIX, que explicaba en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. Fue desde entonces muy grato ver cómo salían de sus labios las afirmaciones seguras, firmemente documentadas, que emitía un profesor capaz de contener la rotundidad de sus afirmaciones, en el empeño, siempre visible, de no molestar a sus oyentes con la

impresión incómoda, de que él pudiera tener un exceso de seguridad en sus propios puntos de vista.

Hace más de dos décadas que fui su alumno, y desde entonces está incluido en la lista de mis profesores más eminentes. Esta noche me corresponde el honor de dar la bienvenida a uno de mis maestros, en nombre de todos los historiadores que integran esta Academia.

Acabamos de oír la brillante disertación en la que, con profundo conocimiento, madurez de criterio y elegancia de escritor, estudia uno de los episodios fundamentales, "etapa final" la ha llamado con razón, del impulso hispánico por extenderse hacia el norte en tierras de este Continente.

Al evocar con respeto la figura de don Julio Jiménez Rueda, su eminente antecesor, le hemos podido escuchar algunas afirmaciones que ayudan a precisar los contornos de su mensaje historiográfico. "El nos acaba de confiar su convicción de que, pasados los arrebatos de la juventud, y sin perder la línea directiva, sin abjurar de las condiciones fundamentales de la ideología, se puede contemplar la historia como un templo sereno de sabiduría, donde se rinde antes que nada culto a la verdad". "Ha señalado también, con un elegante escepticismo, que hay que reconocer que las lecciones de la Historia son apenas escuchadas por una minoría más o menos atenta".

En una elocuente definición que ha dejado caer ante nosotros sin apenas subrayarla, nos ha expuesto en tres líneas lo esencial de su posición, cuando ha dicho aquí hace unos minutos "La verdad objetiva es única e invulnerable. Así se aprende a respetar las ideas y las creencias ajenas, a perdonar a los demás y, lo que es aun más difícil y más necesario, a perdonarse a sí mismo".

\* \* \*

D. Alfonso Teja Zabre es uno de los hombres que más han contribuido, en lo que va del siglo, a la elaboración de la idea que varios millones de mexicanos han tenido y tienen sobre la significación histórica de su propio país. Algunos de sus libros fundamentales han sido traducidos a las más importantes lenguas modernas, y es por eso uno de los mexicanos que han sido y son leídos por millares de personas fuera de nuestras fronteras.

\* \* \*

No me corresponde hacer aquí, señoras y señores, un inventario de sus numerosas obras literarias, ni de las valiosas tareas que como jurista ha sabido

cumplir, pero si me parece conveniente delinear la importancia de su aportación dentro del género histórico.

Desde el año de 1917 inició una de las tareas más apasionantes que en México haya podido emprender y realizar un historiador La redacción de una biografía de don José Maria Morelos y Pavón.

Desde entonces, en cinco versiones sucesivas, a lo largo de cuarenta años nos ha entregado una biografía de Morelos cada vez más amplia, mejor documentada, más serena y más edificante.

Teja Zabre ha empleado en esto, el golpe seguro y la mirada firme del escultor. La versión más reciente de su libro es digna de figurar al lado de los grandes monumentos del género biográfico que en México se han producido el *Juárez, su Obra y su tiempo* de Justo Sierra, y el *Don Fray Juan de Zumárraga* de don Joaquín García Icazbalceta.

Con probidad ejemplar, nos dice en el prólogo a su *Morelos* más reciente: "Al presentar esta nueva obra, me siento tan lejos de una versión definitiva como en el trabajo de 1917, porque en la Historia, lo mismo que en todas las esferas de conocimiento, mientras más se avanza, se vislumbra más espacio inexplorado y los límites parecen a cada paso más remotos".

Ya en la versión anterior de este libro, que ha sido editada varias veces en la Colección Austral y en otra serie de biografías, mostró la confianza plena que tiene en el valor histórico esa gran figura: Por eso afirmaba en 1930: "Al escribir la vida de un gran hombre, sin recurrir a falsedades adulatorias, se corre casi siempre el peligro de chocar con arraigados fanatismos populares. Las muchedumbres se empeñan en creer a sus héroes semidioses sin debilidades humanas, y el osado que se aparta de prejuicios y desdeña las leyendas, es señalado como iconoclasta".

Y agregaba entonces. "Por fortuna, ningún sentimiento patriótico puede ser ofendido al contar la existencia de Morelos. Para él, la dura verdad es la mejor reveladora de su alma superior".

Y este sabía, que está convencido de que "la gloria militar es oro falso cuando no se junta con el impulso generoso de renovación y liberación", nos muestra con entera probidad al lado de las horas de grandeza de Morelos sus deficiencias y hasta algunas debilidades humanas. Y lo hace así, porque está seguro de que si, de este modo, Morelos, el hombre, tal vez no aparezca tan perfecto y admirable como lo quisiera, el sentimiento popular, no sufre depreciación como héroe ni como hombre representativo, porque la "magnitud de sus cualidades, supera con mucho la de sus errores".

Y así nos ha presentado a un caudillo firmemente vinculado con sus raíces sociales y económicas, sin renunciar para ello a los rasgos tradicionales y pintorescos, pero procurando deslindar las zonas de relativa certidumbre, de leyenda y de fantasía.

\* \* \*

Cuauhtémoc ha sido otra de las figuras históricas que han ocupado la atención de don Alfonso Teja Zabre. Lo ha enfocado desde el punto de vista histórico y también, usando las libertades del poeta, en su rango ejemplar de gran figura trágica.

Cuando en 1929 dedicó a don Luis González Obregón la primera edición de su *Historia y Tragedia de Cuauhtémoc*, Don Luis escribió con la limpia llaneza que lo caracterizaba: "Me siento orgulloso de que mi nombre aparezca al frente de un libro en el que la eudición y el talento de Alfonso Teja Zabre han erigido un monumento histórico y artístico al más excelso hombre de la Patria Vieja".

En ese trabajo, que antecedió en más de tres lustros al gran libro de Héctor Pérez Martínez, Teja Zabre se propuso rescatar la vida heroica del Rey Azteca, liberándolo de su vieja posición de personaje episódico ofuscado por la figura de Cortés. Y, con ejemplar madurez de historiador, afirma: "La figura de Cortés contribuye a levantar más la de Cuauhtémoc. Si hacemos a uno, aventurero vulgar, soldado de rapiña y bandido sin alma, convertimos al otro no más en jefe de tribu y sacerdote de una religión sangrienta".

Con razón José Juan Tablada hizo el elogio de este libro, diciendo que admiraba la manera como Teja Zabre supo evitar a la vez "los riesgos de la calcomanía erudita, del vaciado arqueológico y de la febril estilización trágica".

\* \* \*

Alfonso Teja Zabre ha sentido más de una vez, que las obras de riguroso carácter histórico, no permiten cubrir la desnudez de la verdad con el velo de la fantasía. Por eso, en 1938 se atrevió a realizar un nuevo ensayo de exploración para dar mayor relieve a las figuras amadas de los Niños Héroe. Ese año publicó un guión cinematográfico que lleva por título *Murió por la Patria*, para difundir la heroica leyenda de los cadetes de 1847, usando las nuevas formas que la cinematografía ha impuesto al arte literario.

Cinco años después, publicó un valioso *Panorama histórico de la Revolución Mexicana*.

Quiso en ese libro situarse por encima de las interpretaciones sectarias, convencido de que "la Historia que afecte las normas clásicas de serenidad e imparcialidad, dentro de los límites humanos, es la que tiene más probabilidades de perdurar".

Después de ofrecer en las páginas de esa obra varios cuadros de conjunto y de insistir en los aspectos afirmativos con un sentido social y cultural, afirma: "La nota esencial de la Revolución radica en el aumento del número, la cohesión, la conciencia y los recursos físicos y morales de las masas trabajadoras del país, que reclamaron su puesto a las antiguas clases dominantes. La presencia insurgente de los indios en el campo, pone un sello sobre todas las manifestaciones de la existencia social de nuestros tiempos. Así se crean los nuevos valores materiales y espirituales, condicionados por la influencia rural y las nuevas maquinarias, mientras sobre todo el conjunto, sigue operando la acción del ambiente que transformó al hombre blanco y, con mayor razón, envuelve a los nativos en la hechicería del criollo".

\* \* \*

En fecha más reciente, lo hemos visto ocuparse de la noble figura de Leandro Valle.

Recuerdo, señoras y señores, que hace algunos años don Luis González Obregón me hablaba del escepticismo que produce a veces la investigación histórica, cuando se le aplica al estudio de figuras de escasa fortaleza y reciedumbre. En una hora de confidencias, D. Luis me dijo:

"Amigo Arnáiz, con los héroes me ha pasado lo que a los sacristanes con los santos, que a fuerza de sacudirles el polvo acaban por perderles el respeto."

En su libro reciente sobre Leandro Valle, veo que Teja Zabre escribe: "La simpatía para este ejemplar de hombre y de mexicano no disminuye al conocerlo más de cerca. Sus cualidades fundamentales, valor, sinceridad, entusiasmo, lealtad, sentimientos nobles, en el más alto sentido de la verdadera nobleza humana; su juventud y su gloria truncadas y la media hora trágica de su martirio, son suficientes para asegurarle respeto y devoción, y presentarlo como ejemplo de gallarda virilidad".

\* \* \*

Pero lo que en la biografía intelectual de este historiador ilustre me produce emoción más honda, es verlo describir en páginas que están dispersas en su abundante obra historiográfica, el largo proceso de su formación intelectual.

El nos ha referido cómo el ambiente ideológico de su época juvenil estaba impregnado de los principios, los símbolos y los mitos de la Revolución Francesa. La calificación de "jacobino" tenía más bien aureola de prestigio;



Robespierre se llamaba sin ironía "el incorruptible", y Marat era "el amigo del Pueblo".

Después, llegó el positivismo con su afán siempre fallido de formular la ley histórica inmutable y total.

Y cuando la construcción positivista quedó destruida, la historiografía dio una especie de salto mortal en el vacío. Teja Zabre nos dice que "de la creencia en el progreso indefinido y la interpretación puramente física y mecánica del mundo, se pasó a la confusión de un providencialismo nebuloso. Algunos creyeron que era preciso retroceder hasta la Teología, en vez de avanzar".

Se llegó a decir, recordando a Rousseau, que "la historia es el arte de escoger entre varias mentiras, la que más se parece a la verdad". O en el otro extremo, una experiencia infinitamente complicada y misteriosa, como la vida, de la cual tomamos las enseñanzas que buenamente se puede.

Vino después el gran influjo del materialismo histórico con sus aciertos y todos sus excesos. Y Teja Zabre, rebelde a las cárceles dogmáticas, llegó a decir entonces: "El que concibe un sistema puede ser un genio, un utopista o un fanático. Pero los que se encierran después dentro del sistema, no son casi siempre más que sectarios o simples repetidores".

Cuando la boga de la interpretación puramente materialista de la Historia era más intensa, él señaló que "el mejor empeño de un marxista consciente debe ser el de aplicar a Marx y al Marxismo las ideas fundamentales de la doctrina Marxista. Y la primera de ellas, —afirmaba en 1939—, es no tomar a Marx como un santón ni como un oráculo, sino como un removedor de ideas geniales, intérprete de la época moderna y representativo del movimiento social de reivindicación proletaria".

Teja Zabre está convencido de que, "la historia de nuestro país es una de las ramas de la Historia Universal que más necesita y merece renovación. Por tratarse de una nacionalidad joven, intensamente agitada por convulsiones políticas y sociales, con el pasado histórico más extenso y cargado de sucesos vitales que se encuentra a América, y más aun, con los datos de una gran cultura original que todavía se está desenterrando y descifrando, la historia mexicana constituye un campo inmenso que reclama todavía exploradores".

"La mayor parte de nuestras fuentes históricas han sido de tendencias políticas, con fines de propaganda o de partidismo, o simplemente con propósitos de pura narración y enseñanza por la memoria, sin sentido profundo ni orientación definida. Y no es por falta de capacidad. Al contrario, nuestros historiadores han sido los más altos intérpretes del espíritu y del arte, y las mejores inteligencias de la Nueva España y de la República".

"La historia apenas comienza ahora a tratarse en parte como ciencia, o como ciencia en formación. Las ciencias auxiliares del conocimiento histórico han progresado aceleradamente. Una clave para entender la cronología maya transforma en terreno histórico lo que era pura arqueología, y a la inversa, la comprobación de que la cronología tolteca es en gran parte fantástica, devuelve todo un gran periodo que se creía histórico a la oscuridad de las leyendas o de los mitos".

\* \* \*

Cuando hace cerca de treinta años publicó la primera versión de su *Biografía de México*, José de J. Núñez y Domínguez, que lo vio formarse en el Museo Nacional como alumno de don Genaro García, afirmó: "Alfonso Teja Zabre ha hecho su carrera de historiador desde humilde recluta hasta el Mariscalato".

Y este sabio que ha sabido vincular el influjo de los factores económicos a la historia mexicana en un medida muy amplia, ha integrado su gran síntesis cuidando de no olvidar totalmente los factores individuales, porque está convencido de que confinar la Historia al análisis de los movimientos de masas y de muchedumbre, de instituciones y entidades abstractas, haría del estudio histórico una oceanografía del tedio".

"Los grandes hombres, —ha escrito—, sin índice del empuje espontáneo de los pueblos y en toda construcción de esta índole, debe mantenerse el respeto a la tradición cívica nacional".

Y en su *Historia de México*, ha sabido entregarnos un nuevo cuadro de la existencia de la nacionalidad, en una perspectiva moderna en la que no se descuidan los datos biológicos, económicos y sociales y culturales, sin las limitaciones del erudito especializado, aceptando con decoro humano el dolor de la vida y ligando la vida histórica de México con una justa perspectiva universal.

Otra de sus aportaciones muy valiosas es el libro sobre *Dinámica de la Historia y Frontera Interamericana*, que representa por sí uno de los trabajos de Historiología más notables entre los que hasta hoy se hayan elaborado en México. Desde un punto de vista de evidente originalidad, enfoca el estudio de la zona geográfica que en América señala la zona tope, la "marca" o frontera entre los países de la América Latina y los de cultura anglo-sajona.

Y este sabio que, por su elegante escepticismo, siempre nos ha dado la impresión de que está más cerca del asceta que del fanático, nos ha confiado

en uno de sus libros que : "Las verdades de la ciencia son pocas y no van muy lejos como señoras honradas, que no permiten juegos ni burlas".

Y dicho todo esto, podéis imaginar, señoras y señores, la gran satisfacción, el orgullo y el profundo afecto con el que un antiguo alumno de don Alfonso Teja Zabre da esta noche la bienvenida en el seno de la Academia Mexicana de la Historia a este sabio historiador, quien como emblema de su noble existencia laboriosa ha llevado esta insignia: "*Mientras vivas, alumbra*".